

co, tiene en cuenta lo inesperado, más específicamente, lo conflictivo de la misma.

Esta conflictividad, entre el bien de lo humano y la opuesta conciencia del mal, a partir de la experiencia de la historia, tanto personal como social, abre no sólo la posibilidad sino la necesidad de su discernimiento o diferenciación de los términos en pugna, a fin de tomar decisiones para encaminarnos en la existencia. De no discernir, la conflictividad tiende a convertirse en confusión. Este discernimiento, a su vez, abre la puerta a la riqueza de la vida y también de la política, entendida como posible fuente de tolerancia y camino hacia sociedades más justas, no como mera búsqueda del poder, por cuanto el discernimiento es un correctivo crítico de las posibilidades reales de mayor humanización de grupos, pueblos y de la humanidad en cuanto tal. Es por esto que la mejor política sabe que el discernimiento es la base de la justicia, del verdadero humanitarismo. De no proceder así, en lugar de tener una sociedad y cultura más sensatas y más humanas, obtenemos lo contrario. En otras palabras, como queda dicho, o discernimos o nos confundimos cada vez más.

Discernir, por tanto, supone para todos dejar atrás las generalizaciones e intentar desembarazarse de prejuicios, y asumir un desafío intelectual maduro, trabajoso y muchas veces incómodo, porque deja al descubierto lo que de verdad buscamos. Es por esto que su tarea, implica tener presente las mociones internas que mueven a tomar decisiones en sentidos contrarios, en los tres tipos de discernimiento (espiritual y existencial, estrictamente filosófico y teológico-pastoral), puesto que se entrecruzan vivencialmente, aunque se distinguen epistemológicamente según sus respectivos objetos formales. Por ello afirma Scannone: *en la historia y para la acción histórica están en juego no sólo opciones hermenéuticas sino también éticas y ético-políticas*. Esto nos ayuda a comprender que, en último término, discernir no es sólo interpretar, sino obrar de acuerdo a lo discernido, por cuanto, continúa diciendo Scannone, que en dichas opciones *no se ponen en juego sólo la verdad y el error sino también el bien y el mal moral tanto personal como social, pues se trata del sentido, la verdad y el bien de lo humano en cuanto tal que, según la interpretación de la realidad sea o no verdadera y la elección recta, creará o salvará víctimas, transformará a la sociedad y la cultura en más sensatas y más humanas, o - por lo contrario - aumentará el eventual "absurdo social" (Lonergan) y cultural*.

Esta conciencia opcional, por tanto, invita finalmente, por un lado, a presentar el mal como un efecto con causa, que provoca el enfrentamiento de engañados seres humanos entre sí, hasta la destrucción y la muerte, llamado por esto: *"homicida desde el principio (Jn 8,44) o enemigo de la naturaleza humana"*, como gusta hacerlo Ignacio de Loyola. Y por otro lado, invita a usar con sentido crítico las aportaciones de las ciencias respectivas, en un fecundo diálogo interdisciplinario hacia una sociedad y cultura más sensatas y más humanas.

Creemos justificar así, de alguna manera, en esta breve exposición, la presencia e importancia del trasfondo existencial y teológico-espiritual ignaciano en el discernimiento filosófico de la acción y pasión históricas.

Presentación del libro de J. C. Scannone

“Discernimiento Filosófico de la Acción y Pasión Históricas. Planteo para el mundo global desde América Latina”

por Enrique Del Percio

UBA-Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

Quizá sólo un teólogo de la talla de Scannone pueda escribir un texto sobre filosofía de la historia de la profundidad del que aquí comento sin contaminación alguna de teologizaciones más o menos encubiertas. Recordemos la famosa primera tesis de Benjamin: *Se cuenta la historia de un autómatas que podía jugar una partida de ajedrez y ganarla, respondiendo a cada jugada de su contrincante con una represalia. Una marioneta ataviada con prendas turcas y un huka en la boca se sentó ante un tablero de ajedrez colocado sobre una gran mesa. Un sistema de espejos creaba la ilusión de que la mesa era transparente desde todos los puntos de vista. De hecho, un enano jorobado que era un experto jugador de ajedrez estaba sentado dentro y dirigía la mano de la marioneta por medio de hilos. Se puede imaginar una contrapartida filosófica a este mecanismo. La marioneta llamada "materialismo filosófico" va a ganar todo el tiempo. Puede ser fácilmente el contrincante de cualquiera si recluta el servicio de la teología que, en la actualidad, como sabemos, está marchita y tiene que mantenerse fuera de la vista. Agreguemos que este enano jorobado no se oculta únicamente dentro de la marioneta del materialismo filosófico, sino que fue contratado para mover los hilos de muchas filosofías de la historia, al menos desde Condorcet o Turgot hasta Huntington o Fukuyama.*

Liberado de toda teologización espuria, Scannone hace un eficaz uso de la hermenéutica ricoeuriana para interpretar la acción e interacción humanas, los acontecimientos históricos y los fenómenos sociales, superando la clásica dicotomía diltheyana entre explicar (*erklären*) tarea supuestamente propia de las ciencias físico-naturales y el comprender (*verstehen*) supuestamente propio de las ciencias "del espíritu" sin subsumir (al modo de algunas hermenéuticas basadas en Gadamer) la primera en la segunda, sino articulando inter y transdisciplinariamente -yo preferiría decir *indisciplinariamente*- las distintas ciencias del hombre y la sociedad con las filosofías de la acción y la realidad históricas. Obviamente que una personalidad como la del autor no se podría conformar con el mero conocimiento, sino que su búsqueda de una unidad del saber acerca de la sociedad tiene por fin realizar una praxis humanamente eficaz, orientada a la plena realización de cada persona y de todas las personas. En esta recuperación de la noción aristotélica de *praxis* resuenan ecos de Castoriadis, Hanna Arendt y

Stromata 67 (2011) 187-190

otros autores, pero otra vez Scannone va más allá: en lugar de quedarse en la *praxis* como especie del género *acción humana*, asume y agrega el concepto de *pasión* de las víctimas como elemento no sólo ético, sino epistemológico, lo que le permite efectuar un claro discernimiento tanto de los actos de protagonistas y antagonistas (*agentes* de la historia) como de las configuraciones históricas que nacen de sus interacciones.

Con ese bagaje, recorre Scannone la conformación de las lógicas de las distintas etapas que han ido constituyendo la sociedad actual con el objeto de efectuar un diagnóstico por demás sugerente y, en ocasiones, sumamente original. En este análisis, va preparando el terreno para los planteos que vendrán más adelante. A tal fin, hace una apropiación crítica de las principales corrientes del pensamiento contemporáneo, en especial de las ideas de Habermas y de Appel en función del paso de comprender a la modernidad no tanto en clave del yo y la conciencia, como de la acción comunicativa cuyo sentido es preponderantemente social y público. Sin embargo, señala que "una mayor profundización en la comprensión de la comunidad, comunicación, lenguaje, razón y acción comunicativa lleva a replantear a fondo la concepción iluminista de autorreferencia. Pues si repensamos a ésta desde la comunidad y la comunicación, reconoceríamos que su 'autós' se descubre, vive y piensa ante todo a partir del otro, en una relación de alteridad y trascendencia éticas (Lévinas). Y por otro lado, tal radicalización conduciría a superar también una comprensión todavía demasiado estrecha de la razón comunicativa, como primariamente argumentativa, discursiva y formal." Un imaginario lector joven y desprevenido, estudiante de filosofía de la UBA y, por tanto, desconocedor de la obra de Scannone, al llegar a este punto podría pensar que el autor es un levinasiano de tantos, más o menos bien pensante pero sin propuestas concretas que efectuar para transformar la realidad desde el plano político. Se equivocaría: tal como queda claro en los capítulos en que se aplica el análisis de la sociedad actual a la situación latinoamericana, nuestro autor no tiene miedo a los conceptos que Levinas evita casi compulsivamente. Scannone no teme hablar de pueblo, ni de poder, ni de política... ni de instituciones.

Tras el diagnóstico, llegamos a otra cuestión nodal: así como hace falta un teólogo de esta talla para liberarse de teologizaciones impropias, hace falta alguien que conozca muy de adentro una institución como para liberarse de toda ingenuidad con respecto a las posibilidades que ofrecen las recetas simplistas basadas en la necesidad de construir una "sana institucionalidad". Lejos de eso, el autor denuncia paladinamente que aquellas interacciones de los agentes de la historia se regulan institucionalmente, entendiéndolo a la institución como una "interacción reglada", y así se conforman las estructuras sociales o "bienes de orden". "Pero lamentablemente, éstos no pocas veces son el ordenamiento (social y aún jurídico) del desorden (ético). Se trata entonces de violencia institucional y estructuras de injusticia", pues las instituciones tienden a creer que son un fin en sí mismas y a absolutizarse idolátricamente, sirviendo como instrumentos de preservación de la hegemonía de los poderosos. Y es precisamente la *pasión*, el padecimiento injusto de las víctimas lo que habilita el discernimiento en un doble sentido: a) *negativamente*, pues a partir del clamor del que sufre la injusticia podemos pensar la justicia, no como una negación de la negación, sino como el presupuesto originario. Los poderosos no sufren la injusticia sino que la

causan, por eso prefieren teorizar acerca de las dificultades de su definición sintiéndose cómodos en el diván preparado por las filosofías académicamente aceptables, con las ventanas bien cerradas para no oír la interpelación de las víctimas; y b) *positivamente* pues a partir de ese clamor somos capaces de imaginar alternativas, somos capaces de reconocer que no es posible crear un mundo perfecto en esta tierra, pero que sí somos capaces de construir un mundo mejor, de reconocer que el futuro no está escrito, sino que es un texto sin escribir plétórico de posibilidades reales de pensar y experimentar alternativas de existencia personales y sociales. Somos entonces capaces de construir y reconstruir instituciones que promuevan la justicia, al tiempo que estamos alertas para denunciar toda tendencia al cierre de esas instituciones sobre sí mismas.

Retomando la cuestión metodológica: el estudiar la realidad como texto lo lleva al empleo de la noción de metáfora en el sentido de *transgresión semántica* (Ricoeur) y del concepto de *anadialéctica* (concepto de una riqueza aún no suficientemente explotada), los que le permiten eludir el riesgo de pensar esas alternativas al modo de las ideologías "fuertes" de los siglos XIX y XX que postulaban sus utopías de manera unívoca, tornándose a su vez en opresoras y generadoras de nuevas víctimas. En efecto, no se trata de una construcción teórica que haya que realizar a rajatabla, a como dé lugar, sino de "un sentido abierto a una pluralidad de interpretaciones que, todas, se refieren a la realización efectiva de una mayor humanización y justicia, pero ahora imprevisible en sus determinaciones concretas". Con estos instrumentos, Scannone pone en fuga al enano jorobado y con él a las ideologías y utopías fetichizadas, para permitir que afloren los símbolos, "es decir: para que vivan 'puestas en intriga' narrativamente configurativas de un futuro alternativo más humano y abierto siempre a nuevas posibilidades de justicia."

Esas posibilidades de justicia las plantea como el paso del paradigma del individualismo competitivo al de la comunión, analizando las semillas o gérmenes de ese nuevo paradigma en la praxis histórica y social a partir, entre otros elementos, del rescate de la "fraternidad" como principio olvidado de la Revolución Francesa y, concomitantemente, de las posibilidades que abre el nuevo paradigma teológico que piensa a Dios como comunión trinitaria y no como sustancia. Aquí se extienden fértiles campos para la investigación científica y filosófica. Si, como quería Hobbes, el estado es el Dios terrenal, ¿es lo mismo pensar un Estado Uno, soberano absoluto, del cual secundariamente se desprenden los tres poderes ejecutivo, legislativo y judicial, o los tres componentes (gobierno, territorio y población) sobre los que ejerce su soberanía, que pensar al estado como trino, es decir como relación y no como sustancia? ¿No podríamos, a partir de esta concepción pensar, por ejemplo, la soberanía como el factor que hace a la relación de la población con el gobierno (soberanía popular) o con el territorio (soberanía ambiental) y pensar que un estado es más soberano cuando más y mejor se relaciona con otros estados, que pensar que pierde soberanía cuando se integra en un bloque supraestatal?

Si el autor hubiese terminado aquí su libro, ya estaríamos frente a una de las obras más importantes que ha producido la filosofía política de los últimos años (y no sólo en lengua castellana) pero Scannone parece no resignarse a ninguna comodidad y prefiere terminar jugándose a proyectar un futuro alternativo.

Quizá este sea el punto más fácilmente criticable de todo el libro, por parecer, a primera vista, algo ingenuo o, para decirlo de otro modo, excesivamente optimista. Uno se sentiría tentado a pensar que el autor vuelve a meter al enano dentro de la marioneta y ahora es la virtud teologal de la esperanza la que mueve los hilos. Pero no creo que se trate de enanos ocultos. Por un lado, en ningún momento Scannone oculta su filiación cristiana y, por ende, su actitud esperanzada. Pero, sobre todo, nos hace notar que la historia muestra que muchas veces se produce lo inesperado. Y la actual crisis del capitalismo financiero global puede transformarse en una de esas ocasiones en que adviene el acontecimiento que cambia el curso inercial de la historia. Cuando voces autorizadas advirtieron tantas veces sobre los problemas inherentes al propio capitalismo financiero y consumista, en medio de la euforia pocos estaban dispuestos a oír. Ahora -nos dice Scannone- pueden abrirse nuevos horizontes. Porque no hay enanos ocultos en su filosofía es que nos permite constatar que somos nosotros, agentes y víctimas, los constructores de la historia, no precisamente por obra de un voluntarismo (él sí ingenuo) sino a través del discernimiento filosófico en diálogo con las ciencias sociales y la teología.

No es casual que este diálogo sea tan poco frecuente. Al sistema le gusta observar pero no ser observado. Por eso, siempre va a privilegiar las investigaciones parciales, fragmentadas y fragmentarias útiles para resolver las grietas o anomalías del sistema, pero no para poner en cuestión a la propia estructura de dominación, y una concepción global como la que se presenta en esta obra no es políticamente correcta. Y menos aún cuando esa concepción global no toma única y exclusivamente en consideración las categorías de análisis formulados en y desde los centros de poder, sino que efectúa sus planteos "desde" y no sólo "para" Latinoamérica, como quería Ellacuría. La concepción hegemónica de la ciencia coloca a los conocimientos aceptados y aceptables en el lugar del ojo de un dios capaz de observarlo todo pero incapaz de escuchar nada. Porque la escucha implicaría dejar el lugar del que manda, del que sabe, para tomar el lugar del que aprende, del que reconoce al otro. Tenemos demasiados observatorios y ningún escuchatorio. Por eso no creo que esta obra, en la que hay más escucha que observación, tenga la trascendencia que debería tener en el ámbito académico. Mejor para Scannone. Porque la academia está apenas capacitada para prestar alguna atención al hegeliano buho de minerva, pero está absolutamente incapacitada para descubrir un texto que, tomando la idea que expone Ladrière en el prólogo, hace de la filosofía el ave matinal que levanta su vuelo al amanecer anunciando que un mundo mejor es posible.

Reseña histórica*

80° Aniversario del traslado de las Facultades al Colegio Máximo de San José

por Eduardo A. De Winne

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

Origen del Colegio Máximo de San José

De una carta del P. Ramón Lloberola S.J. al R. P. Colom S.J.:

"Hemos considerado en la consulta de Provincia, la apremiante necesidad que como bien sabe VR tiene la Compañía de Jesús de erigir en la ciudad de Buenos Aires y/o en sus alrededores un Colegio de Estudios Superiores Eclesiásticos destinado a la formación de los jóvenes jesuitas que habrán de trabajar para gloria de Dios y salvación de las almas en las repúblicas Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay ...

A la dicha institución nuestra se le habría de proporcionar cierta amplitud para que pudiera servir a sus fines, y conservarse apta para los mismos en lo porvenir, pues confiamos con el favor de Dios en que a no tardar será crecido el número de Jesuitas americanos. El solar y edificio por lo tanto habrían de ser algo parecido al Seminario de Villa Devoto: dos cuartos unidos y en ellas el Templo, el Colegio de niños, el Círculo de Obreros, el departamento de habitación y clases para el Centro de Estudios Superiores Eclesiásticos, y finalmente espacio suficiente de patios y jardín para ventilación y esparcimiento de jóvenes dedicados durante todo el día con seriedad al estudio.

Un Colegio Elemental Católico para niños pobres y un Círculo Católico de Obreros estarían muy en su puesto en nuestro edificio, como los tenemos en otras partes, y con el favor de Dios los atenderíamos con diligencia y cariño. Del Templo no hay que decir que lo han de tener todas nuestras casas y a los fines consta por experiencia que procuramos ejercer con solicitud los ministerios sagrados".

* Esta reseña fue tomada casi en su totalidad de la Revista *Signos* (1981) de la USAL, dedicada a los 50 años del Colegio Máximo; y del Proemio Histórico de los Estatutos de las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel, de 1995.